

Revelación en Mantua

(Homenaje a Thomas Mann)

Vicente Echerri

*A Luis Valdivieso y a Julio Gómez,
por sus amables recuerdos de Italia.*

HABÍA LLEGADO A ROMA UNA MAÑANA CALUROSA Y HÚMEDA LUEGO DE innumerables escalas en todos los sitios del camino que suscitaban su curiosidad. Venía de Brindisi —es decir, desde Grecia, fatigado de ruinas milenarias y casas encaladas, para entrar en la gloria de Italia—, y se sentía, de súbito, exaltado por un paisaje que daba cuenta, como ningún otro que antes hubiera visto, de la pujanza de una cultura, de la obra de una civilización que ha sometido del todo a un territorio sin dejar resquicio a la barbarie, y donde lo agreste era ficticio, una imitación de cuadros de Bellini, de Poussin, de Lorenzetti, que la naturaleza, dócilmente, copiaba.

Fue a parar a un hotelito del barrio de San Pietro, en una calle que nace en la Porta Angelica del Palacio Vaticano, junto al cuartel de los guardias suizos —quienes se muestran semidesnudos desde sus dormitorios y que, por señas, conciertan citas con mujeres y hombres apostados en la acera de enfrente.

Mucho después, andando por esas mismas calles, Carlos Prats —elegante, mundano, que aún aparentaba los cuarenta años que debió haber tenido entonces —trataba de explicarme el espíritu con que había emprendido aquel primer viaje, su deseo de que la pasión por el arte, que le infundía una suerte de beatitud, de comunión con el mundo que lo rodeaba, no se viera enturbiada por inquietudes más inmediatas. Pero esa otra belleza, que siempre lo acechaba desde un rostro, desde una mirada, no habría de darle tregua.

Casi todas las habitaciones del hotelito estaban ocupadas por estudiantes de una escuela de Padua que venían a examinarse a Roma. Desde el primer día se tropezó con ellos y hasta llegaron a molestarle sus estrépitos. Todos parecían un tanto rústicos, menos Alesio, a quien descubrió al segundo día de estar en el hotel, cuando el muchacho pasaba, semidesnudo, de una habitación a la contigua dejando sus huellas de humedad en el piso. Le impresionó su torso, armónico, ligeramente atlético y, al mismo tiempo, frágil; el pelo castaño, casi rubio, tan común entre los italianos del Norte, y la insólita hermosura de

sus ojos, que eran intensamente verdes y que lo devolvían, no sabía él por qué, a una infancia intemporal, perdida, en que las experiencias de su propia niñez se entremezclaban sin distinción posible con los personajes de sus lecturas y las fabricaciones de su imaginación que le hacían protagonista de una aventura en que siempre era cómplice, íntimo, procaz, de algún hermoso adolescente.

Cuando se encontraron por segunda vez, el muchacho lo saludó en inglés, y al tercer día, salió expresamente de su cuarto para desearle buenas noches cuando él volvía a dormir.

—*Good night, eh, good night!*

Esa noche, su exaltación artística, el anhelo de conocer y de amar y de llorar incluso sobre cada una de aquellas piedras que eran, literalmente, los pilares de su cultura, se vio de pronto relegada por una inquietud que conseguía devolverle a una edad en que sus apetencias no conocían ni la contradicción ni la fatiga.

Se durmió pensando en esos ojos y se despertó soñando con ellos, queriendo ya, con vehemencia, que estuvieran en la otra almohada, en aquella impersonal cama del hotel, para revelarles, desde la extrañeza de otra edad y de otra lengua, un entusiasmo del pasado.

Esa tarde, al volver, se lo encontró solo en el vestíbulo y se atrevió a abordarlo, preguntándole si en verdad sabía inglés, porque el italiano de Carlos era prácticamente inexistente. El muchacho podía hablarlo con bastante fluidez, quería ser aviador, se llamaba Alessio, era de Mantua. Toda esta información se la fue diciendo mientras subían juntos en el angosto ascensor y andaban por el pasillo hasta la puerta del cuarto de Carlos, que iba a cambiarse para asistir a una cena. No sabría después por qué no lo invitó a pasar, por qué, ya en su cuarto, no lo abrazó de súbito y lo besó con glotonería y desencadenó esa reacción en que se empieza por enunciar algunas protestas, hasta que todo se precipita hacia la incoherencia y el jadeo. Pero, una vez más, él sería comedido, y el otro se quedaría a la puerta con un cierto embarazo, luego de decirle que no tenía diecinueve años como él había supuesto, sino tan solo dieciséis.

La cena sería en el Casina Valadier, en medio de los jardines de la Villa Borghese, un ambiente donde era imposible olvidarse de Paulina Bonaparte reducida ya a la estatua de Canova. Renunciar a esa oportunidad habría significado abandonar la ilusión de recuperar la decadente atmósfera de una noche neoclásica en uno de los restaurantes más lujosos de Europa. Se duchó y se cambió aprisa, y luego abrió las ventanas —cerradas por el día— para que el aire refrescara el cuarto. Al salir, descubrió que Alessio lo espiaba desde la habitación de enfrente por la puerta entreabierta, apenas un resquicio, había tenido un atisbo de sus ojos.

Eso pasaba un martes. Al día siguiente, lo vio un instante entre sus compañeros y lo saludó de lejos con simulada indiferencia. El jueves, después de esperarlo durante horas en el vestíbulo del hotel, fingiendo concentrarse en un libro que no leía, supo que Alessio se había marchado a Mantua muy temprano. De

nuevo se enfrentaba con la conocida sensación de lo irrevocable, y ya los tesoros del palacio Vaticano, que recorrió con premura esa tarde, y el resto de los monumentos de la ciudad se habían convertido en una especie de trasfondo ante un único rostro que resultaba, en su memoria, extrañamente familiar, evocador también de otros veranos, de otros paisajes, de otras pérdidas, la imagen de alguien que se fugaba, que doblaba para siempre por una bocacalle de la infancia. Casi llegó a disfrutar el pesar de una súbita separación que, obrando de modo misterioso, lo rejuvenecía, y a conformarse con recordar una mirada apenas entrevista en el penumbroso pasillo de un hotel; pero se sobrepuso una apetencia de aventura que pertenecía mucho más —y él lo sabía— a la literatura que a la pasión erótica. Esa tarde, siguiendo siempre las rutas de sus primeras lecturas, fue hasta el monte Aventino y, para provocar un buen presagio, prendió un cirio en la basílica de San Alessio. Al día siguiente, cuando la ciudad celebrara su fiesta magna —San Pedro y San Pablo— saldría para Florencia, aunque su destino último era Mantua.

Florencia era una deliberada demora de su búsqueda, que convertía toda su pesquisa en un juego donde las grandes obras del Renacimiento venían a ser paradas obligatorias en que fingía distraer su atención: helados en la plaza de Santa María Novella, Puertas del Paraíso, vértigo, como siempre que quería subir a una torre, en las empinadas escaleras del campanil del Giotto, David de Miguel Ángel, Perseo de Cellini, Primavera y Venus de Botticelli en los Uffizi. Un tren luego hasta Pisa, memoria de una vasta necrópolis y picnic sobre el césped que vigila el famoso campanario inclinado, pequeña estación de trenes con una iluminación que podría ser de invierno en una isla antillana o en un cuadro de Van Gogh; encuentro con Pietro, con quien siempre había hecho este viaje. Pietro risueño, cálido, íntimo, que le acaricia las piernas mientras el atardecer alarga y desfigura los rostros en el vagón. Pietro va hasta Montecatini y él lo sigue. Escala en Luca, angostas calles medievales, balcones con flores, anochecer en Luca con Pietro que jadea. En Montecatini la estación es universal y no hay tren de regreso. Pietro le pide que se quede, pero él está obsesionado con los ojos de Alessio. Taxi compartido hasta Prato. Estación solitaria, casi abandonada, andén vasto como del metro neoyorquino, regreso a Florencia como en un sueño.

De Florencia ha vuelto a salir, su destino es Mantua, pero el tren se dirige a Bologna, donde tiene que quedarse a dormir. Francesco, un estudiante guapo y amistoso, se sienta a su lado en el compartimiento del tren. En Bologna Francesco es su guía: soportales de la calle principal, claustro de la universidad más antigua de Europa, plazas y terrazas de Bologna, desayuno frente a la inolvidable sonrisa de Francesco que, también inútilmente, pretende retenerlo.

Cerca de las tres de la tarde llega a Mantua y se hospeda en el hotelito que está frente a la estación de ferrocarril. Es tiempo de siesta. En ese momento le parece absurdo su viaje en busca de un muchacho que no tiene ni siquiera apellido. Pregunta qué puede visitar a esa hora y le sugieren el Palacio Te, construido en las afueras de Mantua por un Gonzaga lujurioso. Va caminando por las calles de la periferia: callejones de grava, casas apacibles, luz intensa...

Está en las afueras de su pueblo: cuando salía en busca de pájaros o de encuentros sexuales clandestinos la luz es la misma, la hierba es casi idéntica. Se fija en el nombre de la calle, y es la de San Alessio. Lo toma como un signo que aviva su deseo, presiente que acude a una cita.

El Palacio Te es vastísimo. Con los años se acordará tan solo del amarillo de las paredes, semejantes a las del colegio donde estudió de niño, y de los monstruosos artesanados. Todavía hay mucha luz cuando se encamina a la ciudad que es como un joyero. Merienda algo debajo de una sombrilla en un café de acera. Cruza la plaza y entra en la basílica de San Andrés, que custodia el paño de Longinos y donde está la tumba de Mantegna. La sombra de la iglesia también le es familiar. Se da cuenta, en ese momento, que está atrapado en un relato, que busca a Alessio como se ha buscado a sí mismo durante muchos años. Se acerca a la baranda de la cripta, donde se venera la sangre de Cristo traída por el centurión converso, y ruega —pocas veces se ha oído rezar con tanta fe— encontrar al muchacho. Sale a la calle y al dirigirse alelado a la plaza Sordello —Palacio Ducal, arzobispado, casa de Rigoletto— se tropieza con una barrera de la policía. En medio de la plaza montan una tarima que podía confundirse con un patíbulo. Le dicen que esa noche va a tocar en Mantua una famosísima banda popular. En ese momento sabe que Alessio estará allí. En la ciudad de 50.000 habitantes le han dado una pista. Trata entonces de acercarse a la plaza por otra entrada, y camina lentamente por callejas desiertas. En un momento sigue a un adolescente rubio que entra en el claustro de lo que, al parecer, es un convento abandonado. Frente a la catedral dos hombres se insultan en un italiano incomprensible. —*Dialecto mantovano*— le explica un viejo a quien le faltan varios dientes. Por allí tampoco puede entrar a la plaza. Desanda el camino hasta la primera barrera y, casi al llegar, a unos cincuenta metros de distancia, descubre a Alessio. En realidad lo ha presentido antes de verlo, y se le acerca con una sensación de embriaguez que no ha sido suya desde aquella tarde en que creyera reconocer a Jaime al doblar una esquina de La Habana, frente a la que él cruza arrastrado en un taxi, o de otro atardecer —siempre un atardecer— aún más antiguo, cuando pasó por primera vez frente a la casa de Elena.

Alessio se ha sorprendido al verlo, y él finge que el encuentro es casual. Cuando el otro indaga las razones de su presencia en Mantua, él le aduce una vieja curiosidad por los príncipes de Gonzaga que despertara en él un libro de Paul Feval leído hace una vida. El chico le presenta a un amigo, con quien asistirá esa noche al concierto. Carlos le dice que se hospeda en el Albergó Bianchi. Quedan en verse luego. Esa noche, mañana, tal vez mañana, y se despiden sin demora. Algo lo lleva a huir, como si necesitara sosiego, amparo luego de es primer deslumbramiento, para enseguida darse cuenta de que ha perdido de nuevo al adolescente, de quien sigue sin saber el apellido ni ninguna otra señal.

Regresa malhumorado al hotelito, se cambia y, pasadas las diez, vuelve a salir. Cenará fuera. Camina por una ciudad amable que, sin ser su pasado, siempre ha estado en su pasado. Después de cenar, se dirige a la plaza, donde

ya se ha terminado el concierto, andando lentamente por una amplia avenida que está casi desierta. En dirección contraria se acercan dos ciclistas, uno es Alessio, que pasa de largo con su amigo. La humillación de los celos lo devuelve a una época gozosa e infeliz. Los olores de la noche lo animan. El otro lo ha esquivado, y ese menosprecio, conocido alguna vez, le trae un soplo de juventud que suponía irrecuperable. Sigue andando con pasión y con furia. Se concentra en las viejas casonas que no sabe si vigilan o duermen. Así llega al centro de la ciudad. Del concierto solo quedan pequeños grupos aislados que hacen comentarios y chicos y chicas que hablan a voces en algunos cafés. Él sigue recorriendo las piedras de su fantasía, de aquella ciudad donde todos los edificios se han hecho para la admiración, y que la vecindad de Alessio hace cálida y entrañable. Deambula, recuerda, sueña. Ya vuelve a la avenida cuando distingue a los dos muchachos en bicicleta que regresan. Lo han visto y se detienen para abordarlo. Con los años, Carlos no puede acordarse del rostro del otro muchacho que se dice pintor. Alessio lo es todo, lo ilumina todo, lo ve animado de una briosa fragilidad. Lo ha invitado a que le muestre los sitios más notables del lugar al día siguiente, y Alessio le promete que irá a las once en punto a buscarlo a su hotel.

Esa noche duerme feliz e inquieto. Sabe que le quedan 24 horas en aquella ciudad a la que acaso no vuelva nunca más. Sueña que Alessio viene y llama a la puerta de su cuarto, pero él no puede levantarse a abrirle, ni llega hasta el tirador aunque tiende la mano con desesperación. Quiere decirle que puede abrir la puerta, que use la llave que tiene en el bolsillo, pero las palabras se ahogan en una especie de estertor. Alessio sigue tocando, aunque cada vez más débilmente, y él puede ver —a través de la puerta— como se aleja, sin ruido, como si se esfumara. Después lo vuelve a ver, ambos están en los andenes opuestos de una estación del metro —que puede ser de Nueva York o de París— a la espera de trenes que viajan en dirección contraria. Carlos le grita. Alessio lo descubre y lo saluda con efusión, pero en ese instante se interponen los trenes y cada uno monta irrevocablemente en aquel que le toca.

Sueña otras cosas de las que apenas se acuerda al despertar; pero en todas están presentes los ojos de Alessio como una nostalgia anticipada. Desayuna con frugalidad, ronda por la ciudad intentando ensayar su encuentro con el chico. Juega a conseguir una especie de casual desenfado. Después vuelve a su cuarto y se agazapa esperando al muchacho. Ahora sueña despierto que el otro subirá y llamará a la puerta con cautela —como le ha ocurrido antes en México, en Buenos Aires, en París, en La Habana— y él asumirá un aire de lascivo abandono... Pero Alessio, que llega puntualmente, rehúsa subir y le dice que lo espera a la entrada.

Alessio ha venido en bicicleta y, a la luz del día, él lo mira con la pena que siempre le ha suscitado lo precario, lo pasajero. En verdad es poco más que un niño. Un niño con los eternos ojos de Atenea, o de Medusa, que el chico, tal vez por protegerlo, vela momentáneamente con sus gafas de sol.

Alessio le pregunta adónde quiere ir, y él, atento siempre al escenario de su biografía, le sugiere la Piazza Virgiliana junto al Mincio. El adolescente sabe poco de una historia que, sin embargo, lo envuelve, lo rodea. Dice que

suele llevar a sus amigos al Palacio Ducal, pero accede a guiarlo hasta el parque que han hecho a la memoria del autor de la Eneida. Carlos anda por Mantua como quien anda por otras calles de una ciudad antillana bajo un sol semejante y un amor recién inventado no del todo distinto. Alessio ha dejado su bicicleta junto al muro ocre de un edificio del Renacimiento y marcha a pie con él. El parque se extiende junto a un pequeño lago —uno de los remansos con el que Mincio circunda la ciudad. El aire es transparente. Se sientan en un banco, casi a la sombra de la estatua del Poeta y, por un momento, Carlos se deja arrastrar por el canto de los pájaros, la intensidad de la luz y el resplandor del agua. No recordaba luego en qué pretexto había apoyado su audacia.

—No es cierto que haya venido a Mantua por los Gonzaga. He venido tan sólo por tus ojos. Quería volver a verlos antes de irme de Italia.

—¿Por mis ojos! ¡tan sólo por mis ojos? El muchacho se ha quitado las gafas y ahora lo mira con asombro. En verdad ha dicho *For my eyes?*! Hablándole en la lengua que usaban para entenderse.

Y él le había respondido *Yes, for your wonderful green eyes*, lo que luego le hizo pensar que allí, en aquel paisaje, nunca *green eyes* podría haber sonado con el ritmo encantatorio de algo tan suave y, al mismo tiempo, tan intenso como *occhi verdi*. Alessio se quedó, por un instante, absorto. Y luego salió con una respuesta convencional.

—Perdona, pero me gustan las mujeres.

—A mí también, y los gatos. Las mujeres y tus ojos no se excluyen.

Él se sonrió y habló de su novia. Carlos se mostró interesado en conocerla, pero él no llevaba una foto que pudiera mostrarle. Al rato echaron a andar, como si fueran dos viejos camaradas. Para Carlos la respuesta de Alessio lejos de resultar disuasiva era más bien un desafío a iniciar o prolongar el juego de la seducción; salvo que era una seducción a la que no podría dedicarse, porque se iba de Mantua al día siguiente.

Terminaron en un café del centro, donde Carlos pidió una taza de té y el muchacho un helado. Él se entretuvo en mirarlo mientras comía con natural delicadeza, con la gracia y el desamparo de los adolescentes, y se sintió invadido por un poderoso impulso de ternura hacia aquel desconocido detrás de quien había recorrido media Italia; dentro de muy poco volvería a perderse en la vasta muchedumbre del mundo.

—*Tell your girlfriend that she is a very lucky woman.*

—*Molto fortunata*, tradujo él, y se sonrojó por primera vez desde que comenzara aquella plática escabrosa.

Caminaron después en silencio hasta el sitio donde habían dejado la bicicleta. Casi al llegar, Alessio le dijo, con cierto tono de complicidad.

—Hoy no podré volver a verte, pero, ¿qué haces mañana?

—Me voy de Mantua muy temprano, antes de que amanezca.

—Entonces, mejor nos despedimos aquí mismo.

Y al decir esto se recostó sobre la pared del edificio, con un pie recogido, que apoyaba en el muro, y la cabeza echada hacia atrás, que hacía que el pelo se integrara, de algún modo, a los tonos ocres de aquella fachada renacentista.

Carlos se acercó entonces y le quitó las gafas sin que el muchacho cambiara de postura. Aunque viajaba sin una cámara fotográfica, se propuso, en ese momento, que su memoria le conservara para siempre aquella escena, la visión de ese rostro. De repente recordó que Alessio le había dicho que quería ser piloto de guerra y, como para protegerlo de alguna imprevista calamidad, le dio una suave cachetada que era más bien una caricia.

—*Be brave, be happy*— dijo y volvió la espalda para que el otro no lo viera llorando.

En ese momento, mientras andaba por aquella ciudad deslumbrante se sintió parte de un drama antiguo e inacabado o, más bien, un actor a quien sigue la cámara al final de una película que terminara melancólicamente a lo largo de las calles de Mantua.

Hizo turismo por la tarde, rogando no volver a encontrarse con Alessio para que ningún diálogo trivial viniese a deshacer la magia de aquella despedida. Le anocheció en los salones del Palacio Ducal, luego cenó, tomó café, anduvo hasta los arrabales donde encontró los burdeles alegres y baratos en nada diferentes de los que prosperaban a orillas de un pueblo de su infancia. Esa noche durmió con un cierto sosiego.

Se fue de madrugada. Ya en el tren se entretuvo en hojear un periódico — *La Gazeta de Mantova*— que alguien había dejado en la estación. Era del día anterior y traía una gran foto del concierto en la plaza, miles de jóvenes vociferantes y sonrientes que agitaban los brazos y vitoreaban a sus ídolos. Entre los primeros, a un paso del escenario, creyó reconocer a Alessio.